

como á disposicion de poblarle. No aparta Dios en el cielo sus ojos de la humildad, porque el Padre eterno no los aparta de su Hijo Dios y hombre, ni el Hijo de su humanidad sacrosanta, que (1) fué su humildad, ni de los que como humildes le gozan por su medio. La humildad antes crece con la suma bienaventuranza que cesa. Mira Dios la humildad en el cielo, y mírala en la tierra para el cielo. Por esto dice el salmo que levanta de la tierra al pobre y le endereza del estiércol. Parece que David repite una propia cosa, mas no es así: yo considero grande y misteriosa diligencia. No solo levanta Dios al humilde de la tierra en que le sepulta el soberbio, sino que de la pudricion y estiércol en que con desprecio le envuelve, le endereza á manera de árbol, que con la tierra podrida y el estiércol se fertiliza. Es providencia de Dios que con la corrupcion, á que el soberbio condena al humilde, se fecunde, y que su desprecio sea el regalo que le hace crecer y dar fruto. Oigan pues los soberbios su desengaño, del grande Niseno, de quien oyeron su definicion, en estas incomparables palabras, á que no arribó otra elegancia ni discurso (2): «Ensoberbéceste, y te desvaneces con el nombre de la mocedad. Miras á la flor de la vida, y te glorias y te enamoras de tí, por la buena disposicion y hermosura; porque tu mano es vigorosa al movimiento, porque tus piés te sirven al salto veloces, porque el viento esparce tus cabellos; porque tu vestido, embriagado de púrpura, arde precioso en la luz del veneno (3) tirio; porque tus ropas, tejidas de la mortaja del gusano, están escritas y variadas con batallas y cazas, ó historias que recamó el artífice. Hoy (4) has puesto el cuidado en los calzados, miras con deleitacion presuntuosa la preciosa mordacidad de las fibulas, con superfluidad resplandecer en líneas sobre lo negro. A esto miras, mas no te miras á tí. Yo te enseñaré cómo en este espejo eres lo que eres. ¿No has visto en el lugar público destinado á enterrar los muertos, los misterios de nuestra naturaleza? ¿No viste los rimeros y montones de huesos sin orden, revueltos unos con otros? ¿Las calaveras desnudas de carne, que con las oscuras cavidades que fueron ojos, se muestran horrendo espectáculo? ¿Viste las bocas rígidas, y los demás miembros arrancados y desparcidos al albedrío de la corrupcion? Si esto viste, en ello te miraste. Dime, ¿dónde está la señal de la presente flor? ¿Dónde la primavera de las mejillas? ¿Dónde la belleza de los labios? ¿Dónde la torva y espantosa hermosura de los ojos, (5) resplandeciente debajo del cerco de la frente? (a). ¿Adónde la afilada nariz derecha, que tuvo su asiento en medio del jardín del rostro? ¿Adónde la cabellera espléndida, que decendia opulenta de guedejas al cuello? ¿Adónde las manos que flechaban las saetas y arrojaban los dardos; los piés domadores de los caballos? ¿Dónde la grana? ¿Dónde las joyas? ¿Dónde los vestidos triunfantes? ¿Dónde los (6) tahelís? ¿Dónde las espuelas, los caballos, los carros, el ruido (7), todas cosas por-

(1) fuese (Z. B. F.)

(2) lib. *De beatitudinibus*:

(3) tirano; (S.)

(4) ha (Z. B. F.)

(5) resplandecientes (S.)

(a) Ubi truceulenta ac torva oenlorum pulchritudo, sub vallo protegumentoque superciliorum elucens?

(6) tahelís? (S.)

(7) y todas las cosas (Id.)

que tú agora acrecientas tu arrogancia? Dime, ¿adónde están estas cosas con que agora hinchas tu espíritu y te ensoberbeces, con cuyo nombre encaramas tu furiosa presuncion? Dime, ¿cuál sueño hay tan vano y menos subsistente? ¿De cuál sueño proceden estas fantasías y delirios? ¿Cuál sombra tan delgada hay, á quien el tacto no halla, que se pueda comparar al sueño de la juventud, que juntamente aparece y huye? Esto he dicho por aquellos que por el imperfecto valor de la mocedad tienen menor conocimiento. ¿Qué pues dirá alguno de aquellos que, ya llenos de edad, están constituidos y confirmados; en los cuales es estable la edad, empero las costumbres y el ingenio es instable; y juntamente la enfermedad de la soberbia se aumenta; por lo cual es llamado ingenio semejante con el nombre de enfermedad soberbia y arrogante (b)? Los magistrados y cualquiera cosa que de majestad y poder se les llega, las más veces dan materia y ocasion á la soberbia. O reciben este vicio del mismo magistrado, ó impelidos deste vicio, aspiran á la dignidad; ó las pláticas halagüeñas del magistrado despiertan muchas veces la enfermedad adormecida. ¿Cuál pues será la razon que pueda penetrar los oídos que hirió la voz del pregonero? ¿Quién á los infectos desta peste persuadirá que no (8) diferencian en cosa alguna de los que representan en (9) teatro? Porque de verdad ellos representan una persona pulida con el arte, adornada con vestido púrpuro, variado de la amarillez del oro, y se muestran con ostentacion magnífica en carros triunfales; y con todo, ninguna dolencia de soberbia por la vanidad destes aparatos los enferma; antes, con el mismo conocimiento que de sí tenían antes de adornarse en la tramoya, salen adornados en ella. Y despues que se desnudan de la pompa, no sienten ni se afligen de apearse della, ni de que los desnuden y quiten las ropas espléndidas. Mas aquellos que por limitado tiempo en la comedia desta vida se visten la ropa del magistrado, no acordándose de lo que poco antes pasó, ni de lo que poco despues sucederá, con el viento se dilatan y hinchán á manera de las campanillas del agua. Y estos tales, á su imitacion, con la claridad de la voz del pregonero, se abultan y toman para sí la forma de alguna persona ajena, mudando el semblante natural del rostro y componiéndole en severidad espantosa; inventan por voz un rumor formidable para los que los oyeren, articulando fiereza horrible; ya no se refrenan entre los términos de humanidad, antes se ingieren é introducen en la divina Majestad y potencia. Esto porque creen que está en su mano la potestad de la vida y de la muerte; porque de aquellos que en su tribunal tienen causas, á uno guardan con su sentencia, al otro (10) condenan á degollar. Y aun no ven estos quién verdaderamente tiene la potestad de la vida y de la muerte, y que no solo la tiene quien constituyó el principio y el fin de la naturaleza. Y verdaderamente solo bastaba para reprimir la vana hinchazon y arrogancia, ver que muchos, gozando de grandes puestos y constituidos en imperio en la misma comedia de sus oficios,

(b) mors autem et ingenium instabile est: morbus item superbiae augetur: nomen autem ejusmodi ingenii morbo, spiritus et fastus imponitur, dice el Santo.

(8) se diferencian (S.)

(9) el teatro? (Id.)

(10) condena (Z. B.)

arrebatados de en medio de (1) sus solios y tribunales, fueron arrojados en los sepulcros, en que los lamentos recibieron sucesivos la aclamacion de sus blasones.»

Grande encarecimiento del poderío de la soberbia es, segun pondera el gran Padre, que turbe más con sus nombres vanos y su pompa hechicera el seso de los magistrados representantes en la comedia de la vida, que el de los que para espectáculo representan en el teatro; pues estos en el vestuario de la farsa se desnudan con alegría las ropas y las coronas y los triunfos de que se adornaron, conociendo lo que antes eran, y que lo que se vestían era representacion que presto dejaría de ser; y aquellos llegan al vestuario de la muerte, donde desnudan la figura y máscara de su oficio, sin conocimiento de que son representantes desta comedia, que se acaba presto y que siempre se está acabando, en quien no hay número de jornadas ni actos ciertos: porque el fin della muchas veces se adelanta al empezar de la primera jornada, y otras veces no admite el principio de la segunda; y ningún personaje desta comedia sabe si saldrá de la primera escena, porque ven muchos que apenas mediaron el prólogo. Muy enfermizos son de aqueste achaque de soberbia los que mandan y los que pueden sobre todos, porque tienen aquella grandeza que la soberbia quiere, y á que anhela y hace anhelar. Por esto una parábola que hay contra la soberbia en el Testamento Nuevo es de un juez. «Había un juez (2) en una ciudad, que no temía á Dios ni respetaba á los hombres. Había en aquella ciudad una viuda, y venía á él diciendo: Véngame de mi contrario. Él no lo quiso hacer por muchos días; mas despues desto dijo entre sí: Aunque ni temo á Dios ni respeto á los hombres, empero porque me cansa esta viuda la haré justicia.» Que este juez era soberbio antes, no puede dudarse, pues Cristo nuestro Señor dice en la parábola, que se preciaba de no temer á Dios ni respetar á los hombres; dos cosas que son el mismo furor de la soberbia humana. La parábola fué predicada para exhortar á la oracion continua, con esperanza de conseguir misericordia por su medio, y puso el Hijo de Dios el ejemplo en la soberbia deste abominable juez, que lo que despreciando á Dios y á los hombres negaba, hizo por la importunacion de los ruegos. De que se colige que los soberbios no lo son menos en el bien que hacen que en el que dejan de hacer: pues á mi juicio este fué peor soberbio, y despreció más á Dios y los hombres en hacer justicia á la viuda porque no le cansase; pues en esto no solo despreció á Dios y á los hombres con la omision, sino que con la obra prefirió su comodidad al temor de Dios y al respeto de los hombres. Por esto dijo Cristo dél: «Oid lo que dice el juez de la maldad.» ¿Cuál nombre pues hallaremos, si á este le llama Cristo juez de la maldad, para dar á conocer á aquel juez, que no temiendo á Dios ni reverenciando á los hombres, aun no hace justicia por librarse de la importunacion? porque este tiene por descanso el trabajo del que sin fruto le ruega. Dice Jesus que en una ciudad había un juez de aquellos; porque si hubiera dos dejara de ser ciudad. No dice que en una ciudad había un juez destes que, aun por librarse de la importunacion, no hacen justicia; porque con uno

(1) los solios (S.)

(2) dice (Id.)

solo destes la ciudad fuera desierta, y todo un reino ruina y desolacion. Muchas veces anda la soberbia en tan buen hábito, que no conociéndola pasa por virtud.

Admirablemente la penetró arrebozada de celo católico en Erasmo de Róterdam el doctísimo Ambrosio Caterino, en el libro que intituló: *Consideracion y juicio de los tiempos presentes* (*). Había Erasmo escrito un libro contra Lutero en defensa de la verdad católica y opugnando su opinion del albedrío esclavo; y en él condena las novedades, palabras y costumbres de Lutero y de sus secuaces. ¿Quién no juzgará celo católico esta oposicion tan afeetuosa? Empero Ambrosio Caterino, con el (3) antojo largo de la verdad, le desenvolvió de suerte, que vió que era soberbia; y lo afirmó en el libro referido con estas palabras: «Había empezado á bajar á esta tragedia Erasmo; mas detúvose. Tuvo por afrenta aquel hombre soberbio militar debajo de la mano de Lutero. No se atrevió claramente á pelear contra la Iglesia, para ofenderla más con tal astucia.» Verdaderamente son todos diabólicos los ardidés deste infernal pecado; pues por la soberbia los noveleros son herejes y contradicen á la Iglesia, á los concilios y á los padres, y por ella los unos herejes contradicen á los otros. Mirad si es menester cuidado para conocerla y diferenciarla del celo y de la virtud.

No he dicho de qué es la soberbia y cuáles son sus miembros; mas haré que lo vean todos en la estatua de Nabucodonosor. Toda ella representaba monarquías y tiranías y poderíos que cayeron: representábalos todos con oro, plata, hierro y bronce; porque la cabeza y lo más principal de la soberbia es codicia, sed de tesoros, lo que siempre fué forzosa ruina del poder y de las monarquías. El pecho y las piernas eran de bronce y de hierro, por la obstinacion con que persevera y la dureza con que camina; empero los piés eran de lodo, en que se ve la flaqueza de tan rica fábrica. Ruin arquitecto es la soberbia; los cimientos pone en lo alto y las tejas en los cimientos. Al contrario la santa madre Iglesia, para fortalecernos, en la cabeza nos pone el lodo, y nos manda poner el oro y la plata debajo de los piés. Todo lo entiende al revés la soberbia. Por esta razon fué (4) soberbia sentencia y castigo de aquellos soberbios, que quisieron llegar al cielo con una torre, la confusion de lenguas. Su castigo es y será siempre este, y siempre es confusion de lenguas; quiero decir que ella se confunde mudando los nombres á las cosas. Llama salud la enfermedad, y grandeza la hinchazon, y crecimiento el peligro, y camino el despeñadero, y descanso la carga, y poder la tiranía, y premio el robo. A esta confusion de su lengua se llega la confusion de las lenguas de los aduladores, que no le nombran accion ni pensamiento suyo con el nombre que tienen, sino todo al contrario.

Y hase de advertir que los aduladores con sus humildes sumisiones son soberbios aprendices de la pólvora en barriles, que se entierran y hunden debajo de los piés de los soberbios magníficos para reventar y volarlos. No de una manera sola es la pólvora retrato de los soberbios, pues en los cohetes representa el principio, medios y fines de todos los soberbios. Sube el cohete con gran ruido y aplauso festivo; en lo alto se mira es-

(3) antojo (S.)

(4) la soberbia (F. S.)

trella al parecer en el lugar y la luz; instantáneamente descende en humo y ceniza. Y ninguno de los que le aplauden viéndole subir, ignora lo poco que ha de durar y lo breve en que ha de caer; así que ninguna cosa retrata tan vivamente la presunción de los soberbios como las bufonías del fuego. Solamente la pólvora, invención infernal, pudo ser retrato de tan endiablado vicio.

Nada desto conoce el soberbio, porque está más fuera de sí que el loco; y esto porque el loco está fuera de sí por enfermedad, y el soberbio está fuera de sí y de todos; y no solo fuera, sino lejos, y esto por malicia delincuente.

Nada consigue la soberbia menos que lo que pretende; mas su fin es ser reverenciada, y siempre al principio y al fin es aborrecida. Nadie está seguro del soberbio, y por eso el soberbio no está seguro de nadie. La soberbia nunca baja de donde sube, porque siempre cae de donde subió. Sube el soberbio como el ahorcado, por escalones que no ha de bajar; en el más alto llega á la muerte. Lleva consigo la soga y por guía el verdugo. Oso afirmar que es más execrable (1) y facinorosa la soberbia de los poderosos (esto en la mayor parte), que la de los pobres; porque aquella se atreve á Dios y esta á los poderosos; aquella dura más tiempo, porque Dios aguarda más con su castigo que los hombres; empero desquita la tardanza con el rigor que acrecienta.

Hermosura, fuerza, poderío, dignidad, sabiduría y riqueza son preciosas dádivas, unas de fortuna, otras de naturaleza y de Dios, y la soberbia se introduce muchas veces en lepra destes bienes. Contra el que había de ser menos contrastable, que es la sabiduría, nos previene deste vicio el Apostol cuando dice: «La ciencia hincha, no quieras saber lo alto.» La hermosura y el poderío, y las dignidades y la fuerza ya nos enseñó el gran padre Niseno (2) que eran lastimosamente ocasion de la soberbia, y lo propio la riqueza. Para nuestra confusión traeré unos versos de Juvenal en recomendación de la pobreza, que son estos (sat. 6): «La fortuna humilde en otros tiempos producía castas matronas latinas. (3) A malos y humildes y pequeños techos (4) que llegasen los vicios no consentía el trabajo, el breve sueño, y con la lana (5) tuseca las manos duras y fatigadas, y cerca de la ciudad Anibal, y de guarnición los maridos en la torre Colina. Agora padecemos largamente los daños de la paz; más cruel que las armas nos acometió la lujuria, y vengó el mundo vencido. Ningun delito ni maldad de la desórden falta desde que pereció la pobreza romana.» ¡Oh grandes y prudentes palabras, acreditadas, no solo con la ruina de Roma, sino también de otras monarquías! ¡Sumo misterio político! En pereciendo la pobreza romana pereció su virtud; y esto porque con ella acabó la humildad, y con las riquezas empezó sus tragedias la soberbia. La ambición y la avaricia, y los vicios y la locura llaman paradoja esta proposición; empero la verdad y los sucesos los desmienten.

Pasemos á la ira y á la injuria, que son las dos manos

- (1) y facinerosa (S.)
 (2) eran (Z. B. F.)
 (3) Malos (Z. B.)
 (4) consentía el trabajo que llegasen los vicios, el breve (Id.)—no consentía..... (F. S.)
 (5) tuseca (F. S.)

de que usa el furor de la soberbia, con las cuales hace todas sus obras á diestro y á siniestro. Todos los autores sagrados dicen que es mejor padecer la injuria y la ira que hacerlas padecer. De que se colige que (6) á la soberbia siempre la toca por patrimonio el delito y el pecado, el aborrecimiento y el castigo; y á la humildad, que la padece, el mérito, la seguridad, la inocencia y la alabanza.

Que sean las iras y la injuria y la venganza soberbia, nadie lo niega, viendo que todos los soberbios son airados, y que su gozo es (7) la injuria que hacen, y su blason la venganza que toman. Ira santa hay; esta nos enseñan los santos cuál sea, declarando aquellas palabras: «Airáos, y no queráis pecar.» Mas esta no la conocen los soberbios, porque, al contrario, por solo pecar se afirman. La ira saca fuera de sí al que la tiene; efecto y contagio de la soberbia. La injuria nace del desprecio que de (8) todo hace; la venganza es la munición con que todo lo quiere arruinar.

En ninguna cosa es la soberbia más descubiertamente soberbia que en la venganza; pues llamándose Dios «Dios de las venganzas», quiere (9), por ser como Dios, que es su sacrilego tema, que las venganzas sean suyas. Dice Dios en otra parte: «Para mí la venganza;» pide que se la dejen á él; y el vengativo es tan soberbio, que toma para sí lo que Dios manda que le dejemos á él. Todas estas maldades de la soberbia tienen el mismo fin que ella; y la burlan en todo de su fin: pues en la injuria que de la abundancia de su infancia hace, solo consigue peligro; y de la venganza que toma, debilidad y afrenta propia, fortaleciendo y fertilizando á los que la padecen. Oíd lo que dice de la ira, cuando con todo su séquito (10) la ponderó de Neron, san Leon papa (11): «Ya toda la inocencia, toda la vergüenza, toda la libertad padecía debajo del imperio de Neron. Cuyo furor, inflamado por todo el exceso de los vicios, le precipitó al torrente de su locura de tal manera, que fué el primero que hizo universal persecucion al nombre cristiano inhumanamente; como si con la muerte de los santos la gracia de Dios se pudiera extinguir, teniendo en esto los mártires su grande (12) logro: con el desprecio desta vida mortal adquirir la eterna. Preciosa es pues en la presencia del Señor la muerte de sus santos: no puede con ningún género de crueldad ser destruida la religion de Cristo, fundada con el sacramento de la cruz. No se disminuye la Iglesia con las persecuciones; antes se aumenta: y siempre la heredad del Señor se viste de más rica cosecha, en tanto que de las espigas que se quebrantan, cayendo uno á uno los granos, nacen multiplicados.» Con muy hermosas palabras declara el santo Pontífice los intentos soberbios de la ira con la injuria, en pretender destruir la religion de Cristo; y juntamente cuán afrentosamente, burlada de su intento, la fecunda y aumenta con la persecucion, Séneca: que á mi juicio en todas las obras que escribió reprehendió á Neron, descubriéndole el

- (6) la soberbia (Z. B. F.)
 (7) las injurias (S.)
 (8) todos (Id.)
 (9) el vengativo, por ser (Id.)
 (10) lo (Z. B. F.)
 (11) serm. 1, in natali apostolorum Petri et Pauli.
 (12) elogio con el desprecio (S.—Maximan lucrurn, dice el Santo.)

horror de los vicios que seguía, y la fealdad y fiereza de las virtudes que despreciaba, como se ve escribiendo el libro de la *Ira y fiereza*, en que fué monstro de tiranos, dejando en su poder todos sus sentidos. Este libro que tocaba al Príncipe, dedicó á Novato por cautelar su intento; y el libro de (1) *Clemencia*, virtud del Emperador sumamente aborrecida, dedicó al mismo Neron. Estratagema muchas veces bien lograda, para reprehender á los monarcas, alabarlos de lo que no hacen ni tienen ni quieren: de que da buen cobro lo propio de su mente á la adulación, persuadiéndose (los que son tales como Neron) que los que los alaban de lo que no tienen, lo creen y lo hacen creer. Las demás obras de Séneca todas fueron antidotos para defender los ánimos opresos de los romanos, de tan inhumana opresion: sus títulos lo dicen, de la *Providencia*, de la *Tranquilidad del ánimo*, de la *Vida bienaventurada*, que *En el sabio no cabe injuria*, de los *Beneficios*, y las *Epistolas*: todas son medicina á la tolerancia de las últimas calamidades. Digo pues que Séneca, que escribió de la ira en el tiempo que con la soberbia más furiosa (2) tenía corona imperial y la miraba de cerca, dijo: «La felicidad eria la ira adonde la turba de los aduladores cerca las orejas soberbias,» lib. II *De Ira*, cap. 21.

De manera que la ira es alimentada de la felicidad como la soberbia, y este alimento recibe de la soberbia por las orejas. Acuérdomé que el propio Séneca dice, lib. III *De Ira*, cap. 3: «Como en los primeros libros dije, Aristóteles se muestra defensor de la ira, y prohíbe que se (3) arranque en nosotros. Dice es estímulo de la virtud, y que faltando queda el ánimo desarmado, (4) y para los grandes hechos perezoso é inútil.» Aquí el filósofo trató de la cólera, que como humor es muy necesario en el cuerpo humano; y llama ira á la cólera, á imitación y como discípulo del grande é incomparable Homero, que repetidamente dice de Aquiles (5) cuando se airaba, que la ira le andaba encendiendo al rededor de las entrañas. Y como Homero á esta causa la tuvo por buena, haciendo la ira de Aquiles sugeto de su grande poema (en que propone cantar la ira de Aquiles), de aquí Aristóteles, que en todo le siguió como á fuente de aquel saber, hizo esta defensa de la ira que Séneca refiere en el lugar citado. La soberbia es primero intentos furiosos, y siempre que los pone en efecto es ira é injuria y venganza. No hay cosa que más persuada á la soberbia que la mayoría, y el ser primero. El mayor de los ángeles cayó, y el primero de los hombres. Por eso Cristo condenó pretender las primeras cátedras á los fariseos y las primeras saluciones. No pongo ejemplos, porque sería escribir toda la vida del mundo; y la soberbia, prevenida en su malicia, procura que los ejemplos se oigan y se interpreten y no se crean; las sentencias se lean y no se obren; las leyes se aleguen y no se observen; los buenos se alaben y no se imiten, y los malos se vituperen y se premien: y todo este condenado aparato logra solo en su perdicion, porque la muerte se anda hecha mentís de la soberbia y del mundo, tras todas sus acciones.

- (1) la *Clemencia*, (F. S.)
 (2) tenían (Z. B. F.)
 (3) enjague (Z., pero salvado el yerro en la fe de erratas (F. S.)
 (4) para (S.)
 (5) que cuando se airaba, la ira (Id.)

Dice el soberbio que es grande; desmíentele lamuerte, diciendo que es nada. Dice el mundo que es rico; dice la muerte que es pobre. Dice el soberbio que es todopoderoso; dice la muerte que miente, que todo es miseria y flaqueza. Dice el mundo que da contento y puestos y posesiones y gloria; dice la muerte que miente, que no da nada, que todo lo presta, y lo vuelve á quitar con dolor y lágrimas. Dice el soberbio que nadie es como él, que él (6) es como Dios, que él solo lo es todo; dice la muerte que miente, que él es vil gusano; que por querer ser como Dios es un demonio; que todo lo que es, es solamente ceniza y pecado, y ruinas y escándalo. Mirad si la soberbia y el mundo hallarán libro del duelo que los dé salida destes mentises: por esta razon andan afrentados sin poder volver por su honra. ¡Oh lastimoso desconcierto del seso humano! ¡Que no haya hombre que no se enoje y se enfurezca en quejas de que le comparen con otro hombre en el saber, la riqueza ó fuerzas ó hermosura, ó con algun animal; siendo cualquier hombre como otro, poco más (7) ó menos, y conviniendo por el género de animal con las bestias! Y hallaréis muy pocos que no consientan que en todas estas cosas los igualen con Dios las palabras blasfemas de los aduladores. ¡Cuántos oyen de buena gana que son sumamente sábios, y justificadísimos en todo, en toda perfeccion hermosos; que su poder no tiene límite, que su hermosura es incomparable, que su riqueza es inmensa, que su felicidad no tiene fin y que su dicha es incontrastable! Juzguen si digo verdad los que cada instante lo oyen, los que sabiendo que mienten lo afirman; y no se hallará quien me contradiga. Por esta causa á quien más y primero desprecia el soberbio es á sí mismo, y nada desprecia en que no se desprecie.

¿Quereis ver cuán infame y vil pecado es el de la soberbia? que preciándose los pecadores de todos los pecados y blasonando con ellos, no hay pecador tan desvergonzado que no se corra de confesar que es soberbio, y todos lo niegan. El homicida frecuentemente se alaba de que ha muerto tantos hombres, y que nadie se la hace que no se la pague. El lujurioso blasona adulterios, incestos y estrupos, y su vanidad es que no se le escapa mujer. El mentiroso y embustero se precia de que engaña á todos, y que hace burla de cuantos trata, y que nadie sabe lo que tiene en su pecho. El ladrón se alaba de que no hay puerta cerrada para él, y de que todos guardan lo que tienen para su ganzá; y en el número y dificultad de los hurtos apoya su eminencia. El usurero se alaba de que su real vale ciento. El avaro de lo que guarda y de lo que niega á la necesidad y á la limosna. Empero ningun hombre dijo jamás que él era soberbio, ni dejó de correrse y negarlo con enfado si el otro se lo llama; porque el soberbio se tiene por tal, que todo le parece poco para su mérito y presuncion, y tiene por humildad y baja-jeza que á su soberbia la llamen soberbia, sino pretension ejemplar y justificada.

Parece culpado en esta locura el amor propio, muchas veces delincuente y ceguera del entendimiento. (8) Empero en el soberbio no solo es amor propio, sino em-

- (6) solo es como Dios, (S.)
 (7) á menos, (Z. B.)
 (8) Empero el soberbio (S.)

briguez del amor propio, que á lo malo que de suyo tiene, añade para este vicio la demasia y desórden. Tales son los deseos del soberbio, que quien desea que se le cumplan, desea que se hunda; y nadie desea aquel cumplimiento tanto como él propio. Por esto con lo que sube pide albricias de lo que ha de rodar, y en cayendo no aguarda lástima, sino aplauso. Es el soberbio el monstruo más horrendo del mundo, y el más formidable y semejante que puede fabricar el delirio; porque quiere ser cielo, siendo infierno; serafín y gusano, humo y sol, Dios y demonio. Esto quiere ser, y es la nada, que ni se parece al Criador ni á las criaturas: al Criador, porque no puede; á las criaturas, porque no quiere. Es como el vapor de la tierra, que subiendo hácia el cielo se cuaja en nube, y en tanto que se mantiene en lo alto, solo sirve de (1) oscurecer al sol que le levantó, de entristecer al día y manchar la luz; y solo cuando cae en lluvia sobre la tierra es de provecho. No hay lluvia que tanto fertilice la virtud con el desengaño y el escarmiento, como los soberbios cuando caen derramados de las nubes adonde subieron. Con propiedad es el oro jeroglífico de estos tales desvanecidos y presuntuosos, siendo la calamita de sus devaneos; pues siendo el metal más pesado, cuanto más se extiende, es tan leve, que le derrama el aliento del que le mira.

Misterio halla la consideracion en que el rayo sea la amenaza de los soberbios: sálenle (2) á recibir las alturas, toca los robres y hayas, y perdona á las legumbres, ignoradas de su llama en su humildad. Oyen pronunciar sus enojos á los truenos pálidos los tiranos. Este pues fuego superior y municion de la ira de Dios, siendo su natural subir violentado, desciende para derribar al que siendo la misma bajeza, se violenta para subir. ¡Oh irracional frenesí del soberbio, siendo cristiano, que sepa que solo se exalta el que se humilla, y que se humilla el que se exalta; y para conseguir lo que desea trueque los medios! Si el hombre no saliese fuera de sí, no sería soberbio; porque dentro de sí y en sí propio no tiene cosa alguna que no le predique la humildad. Ella es la peor de las locuras, pues con blasfemia linajuda se califica la soberbia, probando que desciende del cielo: mala casta, decender derribada de tan alto solar; condenado blason es nacer (3) ángel para ser demonio; descender del cielo para poblar el infierno. No son buenos serafines antepasados; que desde entonces son hoy verdugos, condenados á los tormentos eternos y á atormentar. Antigua es la descendencia y la más antigua; empero por eso es señal que luego fué mala, que poco fué buena, que adelantó su infamia y sus castigos á todos los otros pecados. Pues si de los ángeles hizo la soberbia demonios, ¿qué no hará de los hombres que della se dejan poseer? Ella parece diligente y solícita: á esto persuaden las continuas peregrinaciones de su devaneo, las grandes jornadas de su locura. Empero bien considerado con la obra, es el pecado más perezoso de todos, tullido en el ocio infame del amor propio, de donde no se mueve hácia el prójimo y se olvida de Dios, siempre rellanada en la propia estimacion. Es pensamiento de Carolo Babilio Samarbrino, libro de *Septem*

(1) oscurecer (F. S.)
(2) á recibir las alturas, toca los robres (B. F. S.)
(3) en el ángel (Z. F.)—en ángel (B.)

vitiis, cap. II, gradu 22 (*). Por esto trata á la soberbia como ella merece, sin perdonarla oprobrio, san Juan Climaco: «Es la soberbia abnegacion de Dios, invencion de los demonios, madre de condenacion, aumento de esterilidad, ocasion de caidas, fuente de ira, puerta de disimulacion, firmamento de los demonios, guarda de los delitos, artifice de dureza y crueldad, ignorancia de compasion y misericordia, ejecutor amargo, juez inhumano, (4) adversaria de Dios.» Si esto es la soberbia, todo esto es el soberbio; y con todo esto, es tal, que de Dios solo se dice que resiste á los soberbios; no se dice esta palabra de los demás pecadores: «Dios resiste á los soberbios, y á los humildes los da gracia.» Cuanto es difícil y peligroso y violento este pecado, tanto es su remedio fácil, seguro y natural. ¿Cuál cosa más fácil, más sin contradiccion, más conforme á nuestra naturaleza, que ser humildes, pues humildemente somos engendrados y pobremente nacemos? Muriendo vivimos, y vivimos en muerte, en horror, miseria y forzoso desprecio.

El soberbio lo es porque sale de sí; el remedio es volver á sí mismo. Dice Dios «que aprendamos del, porque es humilde y manso de corazón». Pues si Dios se precia de humilde, ¿quién sino el demonio no se preciará de serlo? Oigamos las palabras de Beda: «Para que la causa de todas las enfermedades se curase, que es la soberbia, descendió y fué hecho humilde el Hijo de Dios. ¿Por qué, pues, ó hombre, te ensoberbeces, si Dios se humilló por tí? Pudiera ser que te avergonzaras de imitar á un hombre humilde; imita pues á Dios humilde.» Tan venerables son las palabras como el autor. Quien desea grandezas y gloria, ¿cuál mayor que ser imitador, siendo hombre, de quien siendo hombre y Dios fué humilde? Toda (5) tu ansia es bienaventuranza, toda tu ansia es prosperidad, toda tu ansia es alteza. Preguntas qué es alteza, prosperidad y bienaventuranza: pregúntalo á Dios, que es todo eso. No seas imitador de Pilátos, que preguntó á Cristo nuestro Señor: «¿Qué es verdad?» Y no aguardó la respuesta que á tí te ha dado, diciendo: «Yo soy camino, verdad y vida; aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón.» Peor serás que Pilátos, (6) que él preguntó qué era verdad y no aguardó la respuesta; tú la oyes y la huyes. El dice que «aquel será mayor en su reino, que fuere como el más chico». Persuádetes que no tienes otro camino para ser grande sino ser pequeño, y para ser exaltado sino humillarte; ni otro despeñadero para abajar precipitado, como subir soberbio; siéndolo, eres esclavo de la fortuna, que es rueda, y sube para bajar y no se detiene en la altura. Vives en el mundo, que es bola, donde con lúbricos pasos te afirmas en un punto; vives tiempo fugitivo, que ni para ni tropieza ni vuelve atrás; vives ceniza y salud enferma, y muerte que el primer día empezó, y cada día es más muerte, y el postrero lo acaba de ser: de tal naturaleza son los que te desvanecen, de tal condicion las cosas por que soberbio te encumbras. Si perseveras, bien te puede parecer eres más que todos; mas es tan imposible serlo, como dejar de ser menos, pues á todos los soberbios les promete Dios por Ezequiel el caer de cabeza. Estas son las pala-

(4) adversario (S.)
(5) su ansia (siempre en S.)
(6) pues él (S.)

bras: «Por lo cual yo daré tus caminos en tu cabeza, dijo el Señor.» Justo castigo, que aquel desvanecido que pretende subir á poner sus piés sobre las cabezas de todos, baje de cabeza, sirviéndole de piés por los despeñaderos la que desvanecida subió á caer (1) precipitada. No dudes que te dará el Señor tus caminos en tu cabeza, y en tu cabeza escarmiento á la de otros. Y pues tienes atrevimiento para pedir á Dios cada día y siempre lo que no mereces, no tengas queja de que te dé algún día lo que cada momento le mereciste.

Dé fin á mi discurso el Eclesiástico con estas pala-

(1) desvanecida. No dudes (Z. B. F.)

bras, cap. 10: «Enriquecerá el hombre, muriendo, á las serpientes, á las bestias y á los gusanos. El principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios, porque se apartó su corazón del que le hizo; y porque es principio de todo pecado la soberbia. Quien la tuviere se llenará de maldiciones, y al fin le destruirá. Por esto deshonró Dios las juntas de los malos y los destruyó hasta la fin. Los asientos de los principes soberbios destruyó Dios, y sentó en su lugar á los mansos. Secó Dios las raíces de las gentes soberbias, y plantó (2) los humildes de las mismas gentes.

(2) las (S.)

AVARICIA.

CUARTA PESTE DEL MUNDO (a).

Ya que la avaricia con su caudal á nadie socorre, socorrámosla todos con nuestro advertimiento; si bien es su condicion tan dañada, que no socorre por no disminuir lo que la sobra, ni quiere ser socorrida por no obligarse á socorrer. Reciba (3) (pues es lisonja á su condicion) la enseñanza por penitencia si no la lograre, ó por logro si la obedeciere. No doy al avaro este conocimiento porque me dé de lo que tiene, sino porque tenga él las riquezas que le tienen á él.

Escribo última peste la avaricia, no porque siempre es la última, sino porque las más veces la preceden las tres. Muchas veces nace de la avaricia la soberbia y la invidia y la ingratitud, y de cualquiera dellas las otras, y en cada una las padece el apestado. Todas son recíprocas y contagio pariente, que raramente se apartan. No dejan salud en el alma donde entran, ni seguridad en el cuerpo de que se apoderan. Con las medicinas suelen alimentar y crecer su veneno: por esto son gravemente peligrosas. Sigamos en su definicion la escuela escolástica, y oigamos la del doctor (4) angélico santo Tomás (5): «Avaricia es desordenado amor de tener. La avaricia propiamente siempre es pecado; es pecado espiritual. La avaricia, segun que se opone á la justicia deste modo, de su género es pecado mortal; es medio entre los pecados puramente espirituales y los puramente carnales; es contra Dios, contra sí y contra el prójimo. No tiene amistad con nada ni con nadie, pues ni la tiene con Dios, ni consigo, ni con el prójimo. Es el vicio que entre todos se precia más de ser malquisto, pues tiene ofendido á Dios, quejoso al prójimo y á sí mismo. Siendo contra Dios, es soberbia; siendo contra sí, (6) ingratitud; siendo contra el prójimo, in-

vidia.» Véisla peste de todos cuatro costados, que no solamente es la cuarta, sino todas cuatro.

Yo conocí un avariento; perdónole el nombre, porque le conocieron otros muchos. Tenia cuatro mil ducados de renta, y más de treinta mil á ganancias forzosas y seguras en el logro, no en la conciencia. Su vestido era tal, que antes obligaba á los que no (7) lo conocian á darle limosna que á pedírsela. Los pobres antes le temian que le demandaban. No tenia criado ni criada, ni gastaba otra luz que la del día, porque el sol se la daba de balde. Acostábase de memoria; comia de lo más barato que hallaba (8) en el público aderezado. Tenia un sobrino solo, y por no sustentarle, ó él, amedrentado el estómago de su sustento, servía á un oficial. Vile enfermo algunas veces, y no se curaba con otra cosa sino con la cuenta que hacia de lo que ahorra en no llamar médico ni pagar barbero ni botica. Supe todas estas particularidades porque todo el tiempo que estudié me pagaba por libranza de mis padres seiscientos ducados. Ahora con la consideracion haré que este cuento sea doctrina á propósito. Díjole en mi presencia un doctor de la universidad que ¿cómo un hombre tan bien nacido y rico andaba tan bajamente vestido, y sin un criado ó criada siquiera, y no se sustentaba aun como mendigo, y consentia que un solo sobrino que tenia sirviese? Y respondió que él no era vanaglorioso ni soberbio, de que daba muchas gracias á Dios, pues le inclinaba á modestia y humildad; (9) que en cuanto á no tener criado, le era ocasion de no vivir como poltron sin ejercicio, y que procuraba excusarse de gobernar gente no conocida, puesto que sus ocupaciones eran tan pocas, que asistiendo á ellas le sobraba el ocio; que él aborrecia la

(a) Escrito en la primavera de 1656.
(3) pues (en lisonja á su condicion), (F. S.)
(4) ángel (Z. B. F.)
(5) 2, 2, quaest. 110, d. 1:
(6) es ingratitud; (S.)
(7) le conocian (S.)
(8) en público (Id.)
(9) y en cuanto (Id.)